



Los Clásicos

entre los

Mozárabes Cordobeses



Discurso leído en el acto de su recepción como
Académico de Número el día 23 de Abril de 1926.

A fines del siglo XVIII, Nicolás Masson de Movilliers hizo en la «Encyclopédie Méthodique» (1) dos preguntas, que tuvieron gran resonancia principalmente en nuestra Patria: ¿Qué se debe a España en el orden de la cultura, y qué ha hecho ella por Europa? Y aplicando estas palabras nuestro caso, pudiera preguntarse nuevamente: ¿Qué ha hecho Córdoba por la cultura universal, y qué le debe en este aspecto no ya España, sino Europa entera?

El presente trabajo tiene la pretensión de contestar a estas preguntas.

Hay en la historia de España una época en extremo crítica y difícil no solo para los intereses de la misma, sino hasta para el porvenir de Europa. Me refiero a los críticos instantes del derrumbamiento de la monarquía visigoda, y a la aparición del pueblo árabe en el suelo de Europa. La aparición de este nuevo factor en el suelo de España, fué mirada desde el primer instante por la Europa cristiana, como un retroceso que entrañaba un grave y serio peligro para la civilización occidental. Los cronistas de la época, que pintan con los más negros y vivos colores los vicios y lacras de la monarquía visigoda, participan igualmente de esta gran preocupación y profunda inquietud, que se había apoderado de la Europa cristiana ante el imperado acontecimiento de la invasión arábiga.

(1) *Geografie Moderne*, vol. I, págs. 554-568, París, 1782.

Mirando la cuestión desde un punto de vista étnico y tradicional, hay que reconocer que no estuvo desprovista de fundamento semejante inquietud y preocupación. Un autor tan poco sospechoso como el orientalista R. Dozy ha hecho notar que así como la característica secular de Europa es el desenvolvimiento y el progreso, así el estatismo y la inmovilidad es la nota distintiva del pueblo árabe, observándose entre los árabes y los europeos diferencias fundamentales (1); características y diferencias que fueron acentuándose hasta hacerse profundamente visibles después de la incorporación a la religión mahometana del pueblo árabe, el cual, incapaz de transformarse y de admitir ningún elemento de vida civil y profana, arrancó de su seno—en frase de Ernesto Renán—todo germen de cultura racional, desplegando en esta circunstancia el islamismo lo que tiene de irremediablemente estrecho en su genio (2).

Ha estado muy en boga hasta bien entrado el presente siglo ponderar la excelencia de la cultura arábica, suponiéndola muy superior a la puramente indígena o española. En ciencias, en literatura, en artes, en todas las manifestaciones del pensamiento y del ingenio querían hacernos tributarios de los árabes; hasta en aquello que es más íntimo a un pueblo, hasta en la misma lengua nos reconocíamos deudores a ellos, atribuyéndose a la lengua arábica una influencia decisiva en la poesía española y en la formación del romance.

Por una reacción contraria, otros cayeron en el extremo opuesto negando todo valor, virtualidad y eficacia a la cultura de los árabes españoles. «En ambas opiniones observa discretamente un historiador de nuestra filosofía (3) hay evidente exageración, pero más en la primera que en la segunda. Es probable que los árabes tuvieran más que aprender de los vencidos, que éstos de aquellos». Y más adelante dice el mencionado autor: «La influencia fué, sin duda, recíproca, y al principio, el elemento de cultura estuvo principalmente representado por la raza mozárabe. Pero más tarde, merced a las relaciones con Oriente, la cultura del califato cordobés llegó a ser extraordinaria.»

No suelen los arabistas extranjeros al tratar este punto usar de esta moderación de palabras y cautela en sus juicios, a pesar de alardear de bien informados y de imparcialidad histórica.

Algunos historiadores de quienes dijo gráficamente nuestro Amador de los Ríos (J.) «que para historiar los musulmanes poníanse el turbante», han

(1) V. R. Dozy, «Histor. de los Musulmanes de España», I. pág. 18 y sigtes; ed. Calpe, Madrid, 1923.

(2) Ernesto Renán, «Averroes y el Averroismo», I, pág. XV, trad. esp. de E. González Blanco.

(3) Adolfo Bonilla San Martín, «Historia de la Filosofía española», vol. I, pág. 302, Madrid, 1908.

llegado hasta el extremo de afirmar con notoria injusticia, que la cultura arábica llegó a ser tal, que absorbió los escasos elementos culturales del pueblo dominado, llegando a borrarse y desaparecer todo sello de cultura indígena y propia. Y para corroborar su aserto se esfuerzan en pintar a nuestros mozárabes como un pueblo rudo e ignorante, exaltado y fanático, enemigo del progreso, de la vida y del arte.

Cuán falsa e injusta sea esta última posición del arabismo, lo veremos más adelante en un aspecto no más de la cultura, es decir, en el campo de las letras y limitándonos a nuestra ciudad, único objeto del presente trabajo. Sí queremos, sin embargo, dejar consignadas dos observaciones importantes, que se desprenden del estudio de los más notables orientalistas del siglo pasado, Renán, y Dozy, relativas al carácter de los árabes: es a saber, su incapacidad para toda especulación científica y racional, y su falta de sentido artístico e ineptitud para las bellas letras y para la poesía. Respecto al primer punto dice Ernesto Renán: «No es a la raza semítica a la que debemos pedir lecciones de filosofía. Por un destino extraño, esta raza, que ha sabido imprimir a sus creaciones religiosas un tan alto carácter de poder, no ha producido el más pequeño ensayo de filosofía que le sea propio.

La filosofía entre los semitas no ha sido nunca más que un plagio puramente exterior y sin gran fecundidad, una imitación de la filosofía griega» (1). Y en otro lugar dice el mismo autor: «La filosofía no fué más que un episodio entre los árabes... El verdadero genio árabe, caracterizado por la poesía de los Kasidas y la elocuencia del Corán, era absolutamente antipático a la filosofía griega. Encerrados como todos los pueblos semíticos en el estrecho círculo del lirismo y del profetismo, los habitantes de la península arábica no tuvieron jamás idea de lo que puede llamarse ciencia» (2). Y respecto de las aptitudes artísticas y poéticas de los árabes, he aquí lo que dice el eminente arabista R. Dozy: «Los árabes—contra lo que supone un prejuicio muy generalizado—tienen escasa imaginación. Su sangre es más impetuosa e hirviente que la nuestra, más fogosas sus pasiones; pero son el pueblo menos imaginativo del mundo. Otros pueblos han ideado epopeyas en que lo sobrenatural desempeña importante papel. La literatura árabe carece de epopeya, ni siquiera tiene poesía narrativa; exclusivamente descriptiva o lírica no refleja más que la fase poética de la realidad.

Los poetas árabes describen lo que ven y lo que sienten, pero no inventan nada, y si se atreven a hacerlo, sus compatriotas los motejan aspera-

(1) Obr. cit. vol. I, pág. VII.

(2) Obr. cit. vol. I, pág. 113.—Menéndez Pe'ayo dice de los comentarios árabes de Averroes sobre Aristóteles que son «la muestra más señalada de la incapacidad nativa de los orientales para asimilarse la parte artística del heienismo»,—«Hª. de las Ideas Estéticas», t. m. I, vol. II, pág. 110, Madrid, 1891.

mente de falsarios. La aspiración hacia lo infinito, hacia el ideal, les es desconocida, y lo que desde un principio les ha entusiasmado más es la exactitud y la elegancia de la expresión, es la técnica de la poesía.

La invención es tan rara dentro de su literatura, que cuando en ella se encuentra un poema o un cuento fantástico, puede afirmarse, sin temor, que se trata de una traducción, que no es de procedencia árabe. Así, en las «Mil y una noches» todos los cuentos fantásticos—esas graciosas creaciones de una imaginación fresca y riente, que han encantado nuestra adolescencia—son persas o indios, y lo único verdaderamente árabe son los cuadros de costumbres, las anécdotas tomadas de la vida real. En fin, cuando los árabes establecidos en los inmensos territorios conquistados por las armas han cultivado las ciencias, demuestran la misma falta de potencia creadora. Han traducido y comentado las obras de los antiguos, han enriquecido algunas especialidades con observaciones pacientes, exactas y minuciosas, pero no han inventado nada, no han concebido ninguna idea grande y fecunda».

Y conviene hacer constar que este carácter lo conservaron los árabes perpetuamente, aun después de Mahoma, siguiendo en todas partes una vida nómada y errante, incapaces de toda especulación racional y faltos de idealidad. «Cuando invadieron España—dice R. Dozy—eran todavía los verdaderos hijos del desierto, y a orillas del Tajo o del Guadalquivir no pensaba más que en proseguir las luchas de tribu a tribu iniciadas en Arabia, en Africa o en Siria». (1)

Ahora bien, teniendo en cuenta este carácter permanente y constante del pueblo árabe, ¿cómo explicarnos esa maravillosa floración, esa exuberancia del espíritu arábigo español, que produce en poco más de un siglo en nuestra Patria, lo que no ha podido producir en todas sus largas peregrinaciones sobre la tierra? Preciso es, sin embargo, buscar a este fenómeno una explicación satisfactoria. «De dos fuentes—dice un notabilísimo historiador de nuestras letras (2)—procedió toda la cultura de nuestros musulmanes: una, la indígena-española, o sea hispano-romana o visigoda, según se prefiera decir, que llegó a ellos por los españoles sometidos a su dominación, muchos de los cuales renegaron de su fé, haciéndose mahometanos; otra, que vino directamente del Oriente, a su vez formada de dos elementos, el cristiano—oriental (bizantino, siriaco, egipcio, etc.) y el popular de aquellas regiones, sobretudo de la misma Arabia en el periodo precorámico».

Limitándonos al primer aspecto de la cuestión, hemos de hacer constar que al conquistar los árabes Andalucía estaba nuestra ciudad en todo su apogeo y esplendor. Aquí residía el duque Rodrigo, siendo Córdoba la

(1) «H.ª de los musulmanes», págs. 27-30.

(2) Salcedo Ruiz, «La Literatura Española», I, pág. 194. 1915, Madrid.

cabeza de Andalucía, como lo había sido en la época romana. Aquí florecían las ciencias y las artes, estando en todo su esplendor los Monasterios y Basílicas donde tenían su asiento aquellas famosas escuelas visigóticas (1) en las cuales se cultivaban los buenos estudios eclesiásticos siguiendo la tradición isidónica, y donde se daba culto a las bellas letras, siguiendo la tradición clasicista y humanística de los más famosos maestros de Roma. La tradición clásica de los Sénecas y Lucanos se enlaza en nuestra ciudad con con el gran Osio de Córdoba (256-357) más celebrado por su representación en el célebre Concilio de Nicea y por ser el mentor de Constantino, que por sus trabajos en favor del platonismo en España, por lo que su nombre merece un puesto distinguido en la historia de la cultura patria. A su instancia el arcediano Calcidio traduce y comenta a Platón, y merced a estos trabajos los filósofos y clásicos griegos son conocidos y estudiados entre nosotros ocho siglos antes que los conocieran los árabes y la Europa cristiana medioeval.

Al derrumbamiento del gangrenado y carcomido Imperio Romano al vigoroso y fuerte empuje de los bárbaros del Norte, la cultura greco-romana huye despavorida, refugiándose en las iglesias y monasterios. Los clérigos y monjes acogen con amor y veneración el estudio de la antigüedad, que representa entonces la tradición, y la transmiten a las generaciones futuras en artísticos y preciados códices minúsculos. Las escuelas monacales y eclesiásticas son entonces en España los únicos centros de cultura científica y literaria. «Las obras clásicas—escribe René Doumic (2)—no han perecido nunca; los clérigos las poseían y las leían, aunque no comprendiesen su verdadero sentido. Buscaban en ellas, no el interés estético, sino el histórico y la enseñanza moral». La tradición clásica no se pierde jamás en España, culminando en la escuela de Sevilla con San Leandro y San Isidoro, «lumen noster Isidorus», que dijo nuestro Alvaro. La escuela de Córdoba recoge esta tradición en monumentos de crisis y de ruina universal, la conserva y acrecienta con elementos propios e individuales, y la transmite al resto de España y a la Europa civilizada, salvándola de un naufragio cierto y seguro.

El esfuerzo hercúleo y gigantesco que tuvieron que realizar los mozárabes cordobeses para llevar a cabo esta meritoria labor de civilización, de cultura y de patriotismo en medio de dificultades sin cuento, no puede declararse fácilmente con palabras.

Se ha echado en cara a nuestros mozárabes que su ciencia es escasa, deficiente y defectuosa su información, bárbara su latinidad, sin tener en cuenta las difíciles circunstancias por que atravesaban durante la domina-

(1) Menéndez Pelayo, «H.ª de los Heterodoxos Españoles», I, página 333, Madrid 1880.

(2) *Literature Francaise*, cit. por Salcedo obr. cit. I, páginas. 33-191,

ción arábica. Nadie ignora la condición triste y precaria a que se vieron condenados nuestros mozárabes en el orden social al tiempo de la conquista. De dueños y señores vieronse de pronto convertidos en siervos y esclavos. A pesar de una aparente tolerancia y garantía, eran a menudo conculcados sus derechos. Víctimas de la voracidad y rapiña de sus conquistadores, eran gravados con fuertes tributos que debían pagar personalmente, viendose muchas veces obligados a no salir a la calle o guardar cama para evitar la sanción de los jueces o la rapacidad del fisco. La población mozárabe vivía oprimida y empobrecida; las Iglesias veían languidecer el culto, privadas de sacerdotes y del decoro debido al santo templo y a sus ministros (1). Basta leer algunas páginas de San Eulogio o de su amigo y compañero Alvaro, para sentir en toda su intencidad la verdad y justicia de aquellas lamentaciones, débiles pruebas de la triste y angustiosa situación de un pueblo vejado y oprimido que, a semejanza del pueblo de Israel, cantaba en ardientes y arrebatadoras estrofas las duras penas de su largo e insufrible cautiverio. Pobres y oprimidos, aislados del resto de España y de Europa ¿qué medios espirituales y económicos podrían tener nuestros mozárabes para formarse una cultura sólida, vasta y variada? Sin embargo, nuestros mozárabes, a costa de indecibles sacrificios, poseen excelentes bibliotecas, tienen famosas escuelas, poseen extensos conocimientos, conocen los clásicos griegos y latinos, sobresalen en las ciencias y en la literatura, y dando pruebas de una flexibilidad grande de espíritu, tienen humor y energía para cultivar la poesía y dedicarse a las letras humanas, ejercitándose en polémicas literarias que nos recuerdan las más famosas é interesantes del Renacimiento. Las ciencias y las artes han florecido siempre en épocas de paz y de tranquilidad de espíritu. Las musas son amigas de la paz, del silencio y dulce recogimiento. Nuestros mozárabes han dado pruebas de una inalterable constancia de ánimo extraordinaria al cultivar los buenos estudios y las letras en medio de las luchas y penas de su cautiverio. En medio de la tribulación y de la desgracia, como lirio entre espinas, según la frase bíblica empleada por San Eulogio, florece la Iglesia mozárabe cordobesa, cultivando la ciencias y las letras y extrayendo, cual abeja solícita y laboriosa, la miel sabrosa de las letras humanas y divinas para ofrendarsela a la Iglesia Santa de Cristo en los dulces panales de sus obras.

En medio de la general ignorancia y falta de sentido estético en el estudio de la antigüedad clásica, que caracteriza los estudios en la Edad Media, la escuela de Córdoba se distingue por el estudio directo de los modelos y cierta perfección y atildamiento en la forma, que es de admirar en una época que estaba tan distante del siglo de Augusto y que tan de lejos vió el clásicismo. El latín de los escritores mozárabes cordobeses está

(1) Simonet «Hist. de los Mozárabes.—San Eulogio, Memor. Sanct. passim.

a inmensa distancia del latín de la época, y sería una ignorancia y además una vulgaridad ponerlo al nivel de las ramplonas y decadentes crónicas medioevales; error e injusticia en que puede incurrirse juzgando a nuestros escritores mozárabes fuera de las condiciones generales de la época, o con un criterio estético moderno o renacentista.

En la escuela cristiana del Abad Speraindeo, una de las más famosas de Córdoba, al comienzo del reinado o emirato de Abderrhamán II, se cultivaban los buenos estudios, la Sagrada Escritura, el estudio directo de los Santos Padres, la Teología en forma de Sentencias, primera sistematización de la Teología antes de Pedro Lombardo y Santo Tomás de Aquino (1). Alvaro Paulo formando en esta escuela y discípulo de Speraindeo le llama «Abad de feliz recordación y memoria, célebre y famoso por su doctrina, que endulzaba con los ríos de su prudencia los límites de toda la Bética» (2). Y San Eulogio, que también concurrió por algún tiempo a la escuela del celeberrimo Abad, le llama: «vir dissertimus, magnum temporibus nostris Ecclesiae lumen», y en otro lugar le apellida «doctor ilustrísimo» (3). También se cultivaba en esta escuela la literatura y lengua arábiga, y principalmente la literatura y poesía latina, en la que salieron tan aventajados algunos de sus discípulos. Alvaro y Eulogio compusieron en su adolescencia varios volúmenes de poesías, que destruyeron más adelante a fin de que la posteridad no los juzgase por estas infantiles muestras de su ingenio. Alvaro Paulo refiriéndose a estos juegos literarios dice: «y este ejercicio era para nosotros más suave y agradable que los panales de miel». Se conservan de este famoso maestro un fragmento de su Apologético contra Mahoma, conservado en el libro del Memorial de los Santos, de San Eulogio, una carta dirigida a Alvaro y un tratado dogmático muy breve contra ciertos herejes antitrinitarios. Escribió además, según consta por San Eulogio, las Actas de los mártires Adolfo y Juan, que se han perdido. Las obras que han llegado hasta nosotros, aunque no bastan a darnos idea de la gran sabiduría de este gran doctor, están escritas con corrección y exactitud y cierta gravedad y elevación propia de los mejores modelos.

Una personalidad literaria más clara, completa y definida nos la ofrece el gran doctor de la Iglesia mozárabe cordobesa San Eulogio. De estirpe hispano-latina y visigoda, natural de Córdoba y de familia noble y distinguida, fué dedicado desde su niñez al sacerdocio, recibiendo una educación científica y literaria esmeradísima en la célebre Basílica de San Zoilo

(1) «En la escuela fundada en Córdoba por el Abad Spera in Deo, Livio, Cicerón, Virgilio, Quintiliano y aún Demossenes eran estudiados con tanto ardor como Salustio, Horacio y Terencio en las comarcas septentrionales». Fitz-Maurice Kelly, H.^a de la Literatura Española, página 42, trad. de A. Bonilla y San Martín.

(2) Vita Divi Eulogii, fol. 1-9, ed. A. de Morales.

(3) Memor Sanct. II 7.

y acudiendo también a otras escuelas y maestros famosos para instruirse. Recibió el grado de doctor o maestro con gran aplauso, dedicándose desde entonces con gran ardor al estudio de la sabiduría. En la escuela del Abad Speraindeo conoció a Alvaro, el cual dice de él: «Qué libros hubo que no le estuvieran patentes? Qué ingenios de católicos, filósofos, herejes o gentiles que él no conociera? Dónde encontrar libros en verso, en prosa, de historia, que escaparan a su investigación? Dónde hallar versos, cuyo ritmo él ignorara? Dónde himnos u opúsculos raros, que no escrutaren sus hermosísimos ojos? Cavando diariamente en las entrañas de la tierra sacaba de ella nuevos y admirables modelos, tesoros nunca vistos» (1). Escribió San Eulogio el «Memorial de los Santos», «Enseñanza de los Mártires», «El Apologético de los Mártires», y varias cartas. Su cultura es sólida, firme y segura; y su estilo pulcro, elocuente y lleno de emoción, suavidad y ternura, hasta el punto que le hizo decir al Cardenal Baronio que parecía que el Santo Dr. había teñido su pluma en el tintero del Espíritu Santo. A pesar de que el Santo Dr. protesta con frecuencia de que prefiere «la sencilla verdad a la ruidosa e hinchada pompa de las musas» y de «que no afecta la hermosura y gracia de la Retórica» no debemos dejarnos engañar por semejantes candorosas protestas. San Eulogio escribe con miras literarias; el Santo Dr. escribe para la posteridad, se muestra excesivamente preocupado por el mérito literario de sus escritos, y lo que es más principal, el santo escribe en defensa de la cultura patria, erigiéndose en campeón de los mártires y de la antigua civilización española, amenazada por el despotismo y seducción de las costumbres arábigas.

Ya desde los comienzos de la conquista, vista la imposibilidad de vencer el espíritu de los naturales, habían intentado los árabes atraerse a los mozárabes con halagos y falsas promesas; política que fué fomentada y seguida principalmente por el astuto y hábil Abderrhamán I, quién comenzó a proteger las artes y las ciencias, sembrando la molicie y el regalo en su alrededor, por ver si conseguía con el placer y seducción lo que no había podido con la violencia y con las armas. «Este sensualismo corruptor llegó a su apogeo en el reinado del lúbrico y sibarista Abderrhamán II.» Este Sultán—dice un docto historiador de nuestros mozárabes (2)—compiendo en pompa y ostentación con los Califas de Bagdad... embelleció Córdoba con suntuosos monumentos, mezquitas, alcázares, puentes, acueductos y jardines, llenándola de delicias, riquezas y prosperidad.» El mismo San Eulogio dice de Abderrhamán «que superando a sus antecesores en pompa secular, elevó la capital de su Imperio a extraordinaria grandeza, la sublimó en honores, la dilató en gloria, la colmó de riquezas y la llenó de todas las delicias del mundo hasta un punto increíble.» (3). Es in-

(1) S. Eulogii Vita, n. 8.

(2) Simonet, obr. cit. pág. 365—366.

(3) Memor Sancti. II, c. I.

dudable que esta política tenía que producir sus frutos, y al fin logró arrastrar en pos de sí un gran partido, principalmente compuesto de renegados, apestados, débiles o malos cristianos y una juventud bulliciosa, amiga del lujo, del placer y de la seducción. «También debió cautivar a la juventud mozárabe—dice Senionet (1)—el espectáculo de grandeza material y aparente civilización con que la Córdoba musulímica había obscurecido a la cristiana, y cierto esplendor literario y artístico que acompañó naturalmente a tal engrandecimiento y que fomentó el Emir Abderrhamán, muy aficionado a la poesía, a la música y aun a la misma filosofía, tan antipática a los sectarios de Mahoma. Especialmente entre la juventud se hizo de moda hablar y escribir en árabe, desdeñando el uso y cultivo de la lengua y literatura latinas, con grave peligro de su fe y de su patrio is no.»

Mas a pesar de los grandes estragos que esta corriente perniciosa del arabismo iba produciendo poco a poco en el pueblo mozárabe, el mal no llegó por fortuna a ser tan general como hace suponer un conocido pasaje de Alvaro, quien es evidente—como nota Menéndez Pelayo—que llevado de su genio hiperbólico y de las necesidades de la polémica, exageró un poco el mal que lamentaba. La mayor parte del pueblo mozárabe y el clero, que representaban el partido tradicional, y la más ilustrada sin duda, en contra de lo que afirma Dozy, resistió firme la influencia musulímica luchando denodadamente contra el invasor en el campo del martirio y de las letras. «Alentados los mozárabes—dice Amador de los Rios (2)—por la doctrina de Isidoro, quien procuró restaurar las letras con el estudio de los antiguos escritores griegos y latinos, volvían entre tanto la vista a aquellas fuentes del buen gusto, y conocidas por ellos las producciones de Horacio y de Virgilio, de Cicerón y de Quitiliano, de Livio y de Tácito, aspiraban a devolver a la lengua y a la poesía su antiguo lustre. Ni dejaban de estudiar al propio tiempo las obras de los filósofos griegos, siguiendo así el ejemplo de los Padres, cuyos libros eran también considerados como otros tantos modelos de poesía. La literatura de los mozárabes, intentando robustecer la no interrumpida tradición de los estudios, lejos pues de mostrarse avasallada por la de los mahometanos, era la más viva y terminante protesta contra la política de los Califas.»

El representante más genuino de esta reacción contra los invasores en el terreno de la acción es San Eulogio. No perdona medio ni sacrificio para levantar y sostener el espíritu de los mozárabes, y por medio de su pluma pone de manifiesto la opresión de los vencidos en un lenguaje elocuente, ardoroso y expresivo. Por los años 848 sale el Santo Dr. de Córdoba en busca de sus dos hermanos Alvaro e Isidoro, dedicados al comercio. Pasa a Cataluña y a Navarra, y desde aquí a Pamplona, donde conoce y traba

(1) «Historia de los Mozárabes Españoles», pág. 368.

(2) «Historia crítica de la Literatura Española», vol. II, pág. 84, Madrid, 1862.

amistad con su Obispo Willesindo, visita varios monasterios, informándose de la vida y estudios de sus monjes, visita sus bibliotecas, toma apuntes y trae de allí innumerables códices de libros raros y curiosos o muy poco conocidos, como la Ciudad de Dios, de San Agustín, la Eneida, de Virgilio, las Sátiras, de Juvenal y de Horacio, varios opúsculos de Porfirio, los cantos religiosos de Adelelmo, las fábulas en verso de Avieno, una colección de himnos católicos, y varios tratados de otros autores de cuestiones teológicas y dogmáticas.

La importancia de este viaje literario de San Eulogio en las circunstancias mencionadas fué incalculable para la causa de los mozárabes en el terreno científico y literario. No hemos de creer, sin embargo, como falsamente insinúa R. Dozy que estas obras fueran desconocidas de nuestros mozárabes antes del mencionado viaje de San Eulogio. Alvaro cita, como veremos más adelante, a Platón, la Iliada de Homero, Salustio, Varrón, César, y a los poetas cristianos Sedulio y Juvenco. Lo que sí prueba en mi sentir este hecho, es la escasez de códices buenos y la dificultad de adquirirlos en las difíciles y angustiosas circunstancias en que se encontraban nuestros mozárabes. San Eulogio realiza una obra cultural y patriótica al mismo tiempo al traer y propagar entre la juventud de Córdoba estas obras de la antigüedad clásica con el fin de avivar entre sus compatriotas su fervor religioso y adormecido patriotismo. Alvaro Paulo en la Vida del Santo Dr. hace notar que no reservaba el Santo para sí estos tesoros, sino que se desvivía por comunicarlos a los estudiosos. Pero lo más admirable y sorprendente es cómo nuestros mozárabes se asimilan rápidamente esta cultura clásica, mostrándose capaces de comprender e imitar sus admirables bellezas. «Admirador de las grandes obras de la antigüedad,—dice Amador de los Rios, (1)—y atento sin duda al ejemplo dado por Julián en la «Historia de la rebelión de Paulo,» introduce no obstante en la exposición histórica frecuentes alocuciones, que substituyendo a las apóstrofes del primer libro, vienen a dar cierto interés dramático a estas singulares biografías, completando al par los retratos en ellas bosquejados. Este sistema, seguido en todas las obras de Eulogio, sobre declarar el empeño del erudito, que vive en la imitación de los modelos, aspirando a restaurar los buenos estudios, debía también imprimir determinado carácter al estilo y al lenguaje de todas ellas, el vehemente deseo de la cultura, que le seduce, y el excesivo y a veces inútil trabajo, empleado con semejante propósito.» De cómo consiguió su propósito el Sto. Dr. y qué juicio mereció a los contemporáneos nos lo indica el mismo Alvaro al alabar en él «la fluidez láctea de Tito Livio, el lenguaje castizo de Catón, el ardoroso ingenio de Demóstenes, la rica facundia de Cicerón y la florida elegancia de

(1) Obr, cit, II, pág. 101.

Quintiliano (1). Prueba evidente además de la plena conciencia con que Eulogio emprendía esta cruzada literaria, es el hecho de que aún en la misma cárcel el Santo Dr. compone un tratado de métrica latina clásica, muy olvidada ya o no seguida por los poetas latinos de la época, contribuyendo así con singular empeño a la restauración de la forma poética. «A los antiguos metros fundados en la cantidad sibábica—dice Simonet (2)—habían reemplazado en el uso popular y general los versos llamados rítmicos en que solo se atendía al acento y al ornato de las asonancias o consonancias, ornato usado ya para la prosa en toda España, sin excluir la sarracénica... San Eulogio, temiendo que la decadencia de la poesía latina favoreciese el gusto por la arábica, pues ya se dejaba sentir excesivamente entre aquella cristiandad, se esforzó en despertar y reanimar la afición a los grandes poetas de la antigüedad clásica... Así consta por su grande amigo Alvaro, el cual, dócil a su autoridad, aunque no renunció al adorno de las rimas y las prodigó así en prosa como en verso, e imitó con predilección a los cantores del cristianismo, todavía moderó sus prevenciones contra los escritos de la antigüedad clásica y rindió no escaso respeto a las reglas de la versificación latina.»

Con entera justicia, pues, un notable historiador extranjero tributa a nuestro autor el siguiente elogio: «Eulogio, sobre todo, nutrido con los autores de la antigüedad profana, tiene la gloria de haber sacado del olvido las reglas de la versificación latina, y substituido una prosa bastante regular a las monótonas asonancias de que Isidoro de Beja había dado ejemplo, y de las que la prosa de Eulogio no se muestra enteramente exenta(3).

No menos interesante desde el punto de vista de nuestro objeto es la personalidad literaria de Alvaro Paulo Cordubense. De estirpe semita, gloriábase, no obstante, de llevar en sus venas sangre visigoda (4). Educado en la escuela del Abad Speraindeo, aunque de estado seglar, había llegado a adquirir una cultura científica y literaria considerable, obteniendo una reputación extraordinaria entre los mozárabes. Su maestro le consultaba sobre puntos delicados de doctrina; su compañero y amigo, San Eulogio, le colma de alabanzas y somete sus escritos a su juicio y autoridad; y es elogiado en gran manera por el gramático y retórico Juan Hispalense, uno de los maestros más ilustrados y doctos de Andalucía. Sabía griego, hebreo, árabe y latín. Era poeta, prosista retórico y brillante. Poseía una inteligencia robusta y flexible al mismo tiempo, y condiciones insuperables de polemista batallador e incansable. Su cultura sólida y profunda, su estilo brillante y colorido poético, y el conocimiento cabal y perfecto que po-

(1) P. Flórez, «Esp. Sagr.» XI, pág. 297.

(2) Obr. cit. pág. 348-9.

(3) Rosscew—St. Hilaire, Hist. d' Espagne, II, pág. 336.

(4) V. «Las Santas Escrituras en la Iglesia mozárabe cordobesa», discurso por D. Marcial López Criado, Córdoba, 1907.

señal de los autores de la antigüedad clásica, le ponían en condiciones ventajosísimas para luchar en defensa de los mozárabes desde el punto de vista doctrinal y literario. Como Eulogio, salta brioso al campo de la lucha, y con su pluma acerada y brillante rompe no una lanza, sino mil, en defensa de la cultura patria. Gran diferencia, sin embargo, se advierte entre una y otra individualidad literaria y científica. «Eulogio,—dice Ebert (1)— eclesiástico de una piedad tierna y soñadora, espíritu delicado, sabio en quien el estudio había producido el fruto de una cultura estética; Alvaro, laico de una gran energía, apasionado como un meridional, en quien la sangre oriental bulle todavía, y que nos recuerda a Tertuliano por su violencia apologética, así como por su elocuencia apasionada y arrebatadora. Su estilo tiene *color nacional*.»

Alvaro penetra en la lucha contra el arabismo con conciencia plena de sus facultades y de la importancia literaria de la polémica. Alvaro se esfuerza por una parte en mostrar su grande y profunda erudición, hace gala de poseer una amplia cultura científica y literaria, pleno dominio y conocimiento de todas las materias de la Edad Media así religiosas como profanas, cita con frecuencia a los autores clásicos, introduce en sus escritos versos de Horacio y de Virgilio, emplea un lenguaje y estilo demasiado rebuscado y retórico y a veces pomposo y altisonante, y por otra, manifiesta marcado desprecio por las galas del lenguaje y el uso de la Retórica. Alvaro, aparentando desdeñar la Gramática y la Retórica y el demasiado ornato en las palabras, es el autor más retórico entre los mozárabes, como ya notó Menéndez Pelayo. Su actitud no era, no podía ser enteramente sincera en vista de su educación, de sus palabras, y de sus mismas obras, cayendo en los mismos vicios y extravíos que lamentaba. Esta especie de contradicción literaria en la obra de Alvaro, que ya notamos también en la de San Eulogio, está determinada por las condiciones de la literatura arábica y circunstancias especiales de la polémica, expuestas ya anteriormente. Alvaro Paulo en un pasaje de sus obras, al fin del «Indiculus Luminoso» lamenta la decadencia de la literatura latina entre los mozárabes, y pinta vivamente el entusiasmo que despertaba entre los mismos la literatura arábica, reducida a primores de estilo, de retórica y de rima que seducían a aquella juventud soñadora y enardecida. Alvaro y Eulogio abominan de la literatura arábica y del culto idolátrico de la forma que fascina a la juventud mozárabe, y procuran levantar el adormecido espíritu patrio restaurando la literatura nacional y patria con la flor de los autores clásicos.

Estas mismas circunstancias literarias parece que pudieron llevar a Alvaro Paulo a defender una opinión aparentemente falsa y contradictoria en el terreno de los autores clásicos y del uso de la forma en una polémica

(1) A. Ebert, «Histoire général de la Litterature du Moyen Ag. en Occident,» II^a pág. 389, París 1884.

científica y literaria con Juan Hispalense, maestro de Retórica y Gramática, y amante y conocedor de los autores de la antigüedad romana.

Había tenido Alvaro (820-830) con el de Sevilla una discusión verbal sobre el uso de los autores clásicos y el valor de la forma, cuestión candente en aquella época, con motivo de la literatura arábiga. Parece que Juan Hispalense se mostraba excesivamente apegado a los autores paganos defendiendo, como profesor de Retórica, las bellezas de forma que se encuentran en aquellos autores. Alvaro defendía por su parte «que los Santos y Apostólicos varones no habían atendido al ornato de las palabras, sino a la verdad del sentido; ni al arte gramatical de Donato, sino a la simplicidad de Cristo» (1). Defiende Alvaro su opinión con la autoridad de San Jerónimo, comentando a San Pablo, de San Agustín, San Ambrosio, Beato de Liébana y de San Fulgencio.

En la segunda carta, impaciente Alvaro por no recibir contestación de su amigo, se muestra excesivamente cuidadoso de la retórica y de la forma al mismo tiempo que abomina de la retórica y del arte gramatical de Donato. «¿Dónde está — dice Alvaro — aquel ingenio tuyo, casi connatural a las letras? ¿Se te han olvidado los preceptos de los filósofos y tantas y tan elevadas disciplinas..?»

En la tercera carta del epistolario publicado por el P. Flórez, Juan Hispalense contesta a Alvaro excusándose de no haberle escrito a tiempo a causa de varias contrariedades, y después de tributarle los más lisonjeros elogios, contesta sobre el punto en cuestión, alegando otros testimonios tomados de San Jerónimo, Moisés, de los Profetas de Salomón, de Orígenes, San Agustín, San Gregorio, y del presbítero y poeta Juvenco.

En la epístola cuarta protesta nuevamente Alvaro, haciendo gala de un estilo pomposo en demasía, de la garrulería de los retóricos. La polémica había llegado a interesar, y la juventud mozárabe de Córdoba seguía con creciente interés el hilo de la discusión, contemplando alborozada como medían sus armas, luciendo su gallardo ingenio, los dos ingenios más ilustres y celebrados de la Bética. Alvaro se enardece y cobra bríos en la pelea. Examina uno a uno todos los testimonios del adversario, los interpreta según el verdadero y recto sentido, acumula otros nuevos, hasta decirle: «¿No se avergüenza la gramática y el arte liberal de Donato de usar en tu favor tan débiles argumentos, convenientes para otra cuestión, pero no para ésta?» (2); y no pudiendo esperar impaciente la contestación a esta carta, en que dando por vencido al adversario, le dice que no ha sido su ánimo molestarle, sino que brille más la verdad para utilidad e instrucción de la juventud, expone las ventajas de la discusión y hace gala de un sa-

(1) P. Florez, Esp. Sagr. XI, pág. 82.

(2) Esp. Sagr. XI, pág. 124.

ber extraordinario y de poseer una gallardía de ingenio y de estilo insuperables.

En la epístola VI Juan Hispalense reconoce el triunfo de su amigo, le colma de elogios, y le pide un tratado que había compuesto San Eulogio, sobre las sílabas; el tratado, sin duda, de arte métrica clásica que había compuesto el Santo Doctor en la cárcel, según el testimonio de Alvaro.

Aunque Alvaro en toda esta polémica literaria parece combatir con ardorosa saña el empleo y uso excesivo de la Retórica y la Gramática, «es indudable—como dice un entusiasta admirador de Alvaro (1)—que no defiende, ni el particularismo exagerado de la escuela separatista africana que había considerado como pecado grave el hecho de hojear un libro de autor pagano, ni las idolatrías humanísticas de aquellos literatos del Renacimiento, que con el Cardenal Bembo llegaron a despreciar las mismas epístolas de San Pablo por no estar escritas en latín ciceroniano, y con Pomponio Leteo se negaron a leer toda obra latina de los Santos Padres, porque eran posteriores a la *aetas aurea* de la lengua del Lacio.

Alvaro, que había sido educado en las aulas de Spera in Deo, donde la Sagrada Escritura y la tradición patristica constituían la enseñanza fundamental, y donde como estudios auxiliares se cultivaban las letras profanas, no podía seguir estos dos extremos igualmente viciosos; pues su espíritu, abierto a todas las expansiones de lo bello, lo mismo se recreaba en los inspirados dichos de los profetas y en la ingenua narración evangélica, que en los acabados modelos del bien decir, que nos legó la antigüedad clásica. Por eso como nota oportunamente Bourret (2): «aunque Alvaro parece haber combatido fuertemente las artes de los gentiles, y se indigne contra sus cultivadores, no obstante las cultivó el mismo y aprovechó tanto en ellas, que ni uno siquiera de los antiguos parece haberlo omitido en sus obras.» Alvaro reprueba con todas sus fuerzas el espíritu pagano de los autores clásicos, y sigue en materia de forma, aquella doctrina de la Iglesia bellamente consignada en una célebre homilía de San Basilio (3) sobre el modo de leer los autores paganos, haciendo como la solícita y discreta abeja, que sabe extraer con maravilloso arte y habilidad de las flores venenosas la dorada, dulce y exquisita miel.

Aparte de lo que de estas flores extrajo el ingenio de Alvaro, disputando con el hereje y apostata Eleázaro, en la epístola XIV, dice que su lenguaje no sabe a sal ática, y cita a Tucídides, a Salustio, la Ennida de Virgilio, a Tito Livio, la Iliada de Homero y a Demóstenes. En la XVIII le cita un verso de Virgilio en la Eneida; y en la XX unos versos de sabor ho-

(1) D. Andrés Caravaca Millán, «Alvaro Paulo Cordobés», discurso, pág. 19 Córdoba, 1909.

(2) De Schola Cordubae Christiana etc., pág. 70, Paris, 1858.

(3) Migne, «Patrologia Graeca», XXXI, pág. 563.

raciano, sin duda de Alhelmo, y otros que él atribuye equivocadamente a Virgilio.

El esfuerzo de Alvaro y Eu'ogio había por fin logrado producir un renacimiento literario entre los mozárabes cordobeses, fácilmente perceptible en las obras de los mismos, particularmente de este último. Alvaro (1) hace mención del doctor Vincencio, escritor y poeta, del cual se conserva un himno en verso latino octosílabo asonantado, preciosa muestra del romance octosílabo de tradición eclesiástica y completamente exento de influencia árabe. Y San Eulogio dice de San Anastasio: «Apud Basilicam Sancti Aciscli cordubensis disciplinis et litteris eruditus» (2); de San Perfecto, «que, educado con gran erudición bajo los maestros de la Basílica de San Acisclo, adquirió un conocimiento plenísimo de las ciencias eclesiásticas, y una gran educación literaria, (3); de San Pedro y Walabonso, que marchando a Córdoba a estudiar, se entregaron al estudio de las letras (4). Del mismo modo Pablo Diácano se distinguió por el conocimiento de las Sagradas Letras (5); San Aurelio e Isaac salieron muy peritos en literatura y lengua árabe (6); Emila y Jeremías se dedicaron a las letras en la Basílica de San Cipriano (7); San Fandila, natural de Acci, vino a Córdoba a estudiar (8); y así tantos otros cuya memoria se ha perdido con el estrago de los tiempos. Sobresalieron también en este tiempo el presbítero Leovigildo, que escribió un tratado muy notable sobre el traje eclesiástico (9); y el arcipreste Cipriano, poeta inspirado, de gran ternura y sentimiento que compuso muchos poemas y varios epitafios, entre ellos el del Abad Sansón.

Pero el más notable de estos discípulos fué sin duda el Abad Sansón, que florió en Córdoba a fines del siglo noveno. Dedicado desde su más tierna edad al sacerdocio, hizo sus estudios con gran fruto y aprovechamiento probablemente en la Basílica de San Cipriano, sobresaliendo en Sagrada Escritura, Santos Padres, Teología y autores latinos.

Poseía un conocimiento perfecto del árabe y del latín, que lo acreditan como escritor notable y perfecto humanista. Por su conocimiento de estas lenguas mereció el cargo de confianza de desempeñar en palacio el ofi-

(1) Ep. I., Fsp. Sagr. XI, págs. 88,—Ep. IV, pág. 124.

(2) Memor. Sanct. III, fol. 66.

(3) Memor. Sanct. I. fol. 14-18 19; c. I.º

(4) Memor. Sanct. II, fol. 35.

(5) Ib. II, fol. 36.

(6) II, fol. 42-45

(7) II, fol. 50.

(8) III, 65 vto. 47.

(9) Ha visto la luz pública este curioso o interesante opúsculo en el B. de la R. Academia de la H.^a, 1909, págs. 496-318, merced a los trabajos y diligencia del P. L. Serrano, Abad del Monasterio de Benedictinos de Santo Domingo de Silos.

cio de secretario de epístolas latinas, que pudiéramos decir, traduciendo del árabe al latín, las que se enviaban al rey de Francia y a otros monarcas de la Europa cristiana. Por sus virtudes y letras mereció primero ser nombrado Abad del Monasterio de Peñamelaria, y luego rector de la Iglesia de San Zoy'o, una de las Escuelas más famosas de Córdoba. Fué poeta y escritor elegante y correcto para los tiempos en que floreció. Su Apologético es buena prueba de que todavía a fines del siglo nueve se cultivaban y florecían en Córdoba los buenos estudios de clásicos y humanidades. Interesa en gran manera a nuestro objeto el capítulo VII del libro II de su «Apologético. (1)»

Refutando al impio obispo de Málaga Hostigesis, cita unas palabras del mismo plagadas de solecismos y de vicios de lenguaje, que lo acreditaban de tan mal escritor y latino, como de pésimo cristiano. Sansón echa de menos en este pasaje la propiedad latina, la prosodia, la ortografía, y hasta el sentido. No ya un gramático—dice—o un retórico, dialéctico filólogo u ortógrafo, sino uno medianamente instruido no podrá tener risa... Tenedla si podeis, latinos; pero sino, soltadla conmigo y frotaos las manos! Oh admirable elocuencia. Oh espantosa pompa de palabras Este es aquel Dr. de quien dijo San Efrén, que antes de conocer el orden de las sílabas comenzó a filosofar.

El Obispo de Málaga confundía la palabra *contenti* con *contempti* e ignoraba el régimen de las mismas, acusándosele de barbarismo y solecismo. «Maravillaos, Maravillaos, dice. Decidme, os ruego, oh doctos varones, que sabeis aquilatar el lenguaje de las escuelas con los dichos de este autor de la nueva lengua, ¿dónde aprendió estas cosas? ¿Bebiolas, acaso, en la tuliana o ciceroniana fuente? ¿Trajo estos nombres inusitados a nuestros oídos, siguiendo los ejemplos de Cipriano, Jerónimo y Agustino? ¿O lo que es más cierto dictólos la necedad, siendo maestro el propio corazón? Esos barbarismos los rechaza la lengua latina y la facundia romana, no los pueden pronunciar labios urbanos... Si la obscura niebla de la ignorancia, ocultando los géneros de los nombres, pronombres y participios, escondió las personas y tiempos de los verbos, debieras imponer silencio a la trompeta de tu inarticulada voz con el candado de los dientes, y no mandar a los siglos futuros tus irrisorias cartas cuajadas de vanidades. Por que creeme, estas tinieblas de la ignorancia se disiparán algún día, y volverá aún a España el conocimiento del arte gramatical y entonces será ya a todos patente de cuántos errores eres esclavo tú, que juzgas hoy ser conocidas las letras por hombres estúpidos... Ni es ya agradable reprender a cada paso su rusticidad, cuando es público que él o pocas o ningunas cosas escribe sacadas de la raíz de la ciencia, sino al ciego acaso. Por que el que

(1) P. Florez Esp. Sagr. XI, p. 325-516.

no acertó a guardarse de los vicios, tampoco alcanza a poseer la pureza de la lengua romana. De donde debe decirse con Virgilio.

Qui Bavium non odit, amet tua carmica, Maevi.

Atque idem iungat vulpes et mulgeat hircos. (Egl. III—v. 90-91.)

Dos hechos de gran importancia para nuestro objeto se desprenden de este interesante fragmento del Apologético del Abad Sansón: la gran ignorancia que en esta época había de la lengua y literatura latinas, señalada anteriormente por Alvaro, y el estado próspero y floreciente de la misma, así como de los estudios gramaticales, en la escuela mozárabe de Córdoba. «De observar es respecto del Abad Sansón—dice un crítico notable (1)—el empeño que pone en conservar la pureza y la magestad de la elocuencia romana cuya posesión niega a Hostegesis, manifestando así que se conceptuaba como heredero de la tradición literaria, que hemos visto personificada en Eulogio y Alvaro».

En 800 fallece el Abad Sansón. La raza mozárabe decae de su antiguo vigor, falta de hombres de fuerte y vigoroso temple, y así llegamos al siglo X, que marca el apogeo de la influencia árabe en el pueblo mozárabe. Mas, a pesar de la marcada influencia árabe, no se descuidan en Córdoba los buenos estudios, que hemos visto tan florecientes en el siglo anterior.

Hacia el año 925 tenemos noticias de un escritor mozárabe, el presbítero Raguel, que escribe las Actas del martirio de San Pelagio (2) en un latín bastante correcto y que recuerda por su sabor clásico a Horacio y Virgilio; y hacia el fin del reinado de Abderrhamán III y comienzos de Alhaquen II, al mozárabe. Recemundo (3) muy buen católico, conocedor perfecto de la literatura árabe y de las letras latinas, filósofo y muy versado en conocimientos astronómicos. Por su famoso calendario religioso astronómico (4) sabemos el estado próspero y floreciente que por los años 961 tenía en Córdoba la cristiandad mozárabe, conservando multitud de Basílicas y Monasterios, ya en la sierra, ya dentro de la misma Córdoba, donde es de suponer que florecían las ciencias y las letras eclesiásticas a pesar de que el estrago de los tiempos nos ha conservado pocas memorias y monumentos de aquella edad.

La ruina del Califato cordobés y los trastornos y devastaciones, que ocurrieron en Córdoba con la venida de los almorávides y almohades han sepultado en el olvido sin duda muchos nombres y hechos gloriosos de aquel pueblo culto y aguerrido, que realiza en nuestro suelo una de las más heroicas y grandiosas epopeyas que registra la historia.

(1) A. de los Rios, H.^a de la Literatura Esp. II. pág. 115.

(2) A. de Morales, *Diyl Eulogii Cordobensis opera*, fol. 112 114.

(3) Simonet, H.^a de los Mozárabes, pág. 603.

(4) R. Dozy, *Le Calendrier Cordoue de l'année 961; texte arabe et ancienne traduction latine*, Leyde, 1878.—Simonet, *Santoral Hispano—Mozárabe*, Madrid, 1871.

Por los monumentos literarios anteriormente apuntados, podemos juzgar de la fisonomía espiritual del pueblo mozárabe de Córdoba, y de las cualidades científicas y artísticas de la raza. Es verdad que se han señalado en su latinidad defectos de gramática y de sintaxis, y que se echa de menos en ellos aquella pureza de la lengua, característica del siglo de Augusto. Más no es menos cierto también, que estos defectos, más que a nuestros escritores deben atribuirse a impericia de los copistas y a los vicios generales de la época, siendo más de alabar, como advierte Ambrosio de Morales, por lo que llevaron a cabo, que por lo que dejaron de realizar. A cambio de algunos solecismos y de cierta exhuberancia en las palabras y pompa retórica, característica, no de los escritores cordobeses, sino de la literatura general de España, ¡cuántas bellezas en la expresión, qué nervio y vigor en el estilo, cuánta precisión en la frase, qué tesoros de sentimientos en el corazón, qué espíritu más fresco, optimista y flexible en medio del cautiverio! Si a esto se añade un cuidado exquisito y perfecto de la forma y del estilo, la preocupación constante por los buenos estudios y maestros, y un deseo vehemente de aproximarle a los buenos modelos, tendremos delineada la personalidad literaria de los escritores mozárabes.

Por su aspiración constante hacia estos modelos de latinidad y de buen gusto en una época decadente y bárbara de las letras latinas y de las humanidades; por su esfuerzo heroico, gigantesco y herculeo en conservar en medio de la barbarie los tesoros de la antigüedad clásica, siguiendo la tradición española y europea del clasicismo; por haber salvado de un naufragio inminente y seguro lo más selecto, genuino y propio de la cultura patria y haberlo transmitido a las generaciones sucesivas, siendo el lazo espiritual entre la cultura oriental y la ciencia medioeval de la Europa cristiana, este pueblo admirable y heroico tiene derecho, no solo a la admiración ferviente y fervorosa de los estudiosos, sino a ocupar un puesto preeminente e indiscutible en la historia de la civilización y de la cultura.

RAFAEL GÁLVEZ.—PBRO.

